

después de una buena cena. ¡Que inesperado y confortable comienzo de viaje a la guerra! ¡Pero mira que olvidar abastecernos de cigarrillos en Francia!)

Un paseo por la ciudad fue suficiente, sin embargo, para comprobar que nos hallábamos en un país en guerra. Más que los vehículos camuflados y algún que otro control de carretera, lo que destacaba era el reflejo en las caras de la gente de que aquellos eran momentos de adversidad, aunque también de gran esperanza. En todas partes nos trataban como amigos, y desde entonces nunca ha variado esa sensación de sentirme en España como en casa.

A continuación experimentamos los trenes españoles; por cierto, tengo que decir, que no demasiado buenos en aquellos tiempos. Pero suficientemente buenos como para trasladarnos primero a Barcelona donde estuvimos unas pocas horas; posteriormente a Valencia, donde nos llevó un día largo convertirnos en miembros del ejército republicano; y finalmente a Albacete.

No exagero al decir que la ciudad nos cautivó de inmediato. A excepción de la incomparable Madrid, ningún otro pueblo o ciudad había conseguido atraernos tan súbitamente como Albacete. Rebosaba vida. La urgencia se reflejaba en todos los rostros. Por las calles se veían hombres de muy diversas nacionalidades paseando hombro con hombro con sus -y ahora nuestros- camaradas españoles. Oíamos intrigados el murmullo confuso de lenguas extrañas. Estudiábamos los carteles de los muros que pedían un esfuerzo unido para derrotar al fascismo. Las limitaciones lingüísticas no impedían que la gente nos expresara el agradecimiento que sentían por nuestra presencia en el país para ayudarles en su lucha. Eramos bienvenidos tanto en sus corazones como en sus hogares, donde muchas veces compartían con nosotros la poca comida de la que disponían. ¿Cómo podría uno olvidar Albacete?

Nos instalaron en los barracones vacíos de los Guardias de Asalto. Un día nos llevaron a la plaza de toros -¿Qué pintaba yo, un chico del este de Londres, en una plaza de toros española?- para alistarnos en las Brigadas Internacionales. ¡Qué orgullosos estábamos de recibir aquellos documentos que lo atestiguaban! Luego, cuando nos pusimos nuestros uniformes, el convencimiento de que el objetivo de nuestro viaje estaba más cerca, aumentó. ¡Ya éramos soldados, o por lo menos, casi! (Ese uniforme fue el único completo que recibí. A partir de entonces tan sólo conseguíamos alguna que otra prenda. Esta nunca era nueva sino bastante desgastada, aunque limpia. Cuando las circunstancias lo permitían, era comprada; y cuando no, mediante trueques).

Las tardes en Albacete eran indescriptibles. Nosotros los británicos nos uníamos atónitos a los tropes que llenaban las calles principales, codeándonos con otras personas de muchos países diferentes y escuchando sin comprender las diversas lenguas habladas. Y, por supuesto, el enorme escándalo proveniente de los altavoces que vociferaban canciones, discursos y, naturalmente, la Internacional.

Poco era lo que se podía comprar en las tiendas aunque no importaba puesto que tampoco contábamos con demasiado dinero. Nos pagaban 8 pesetas al día en la Brigada Internacional, que luego subió a 10 pesetas; pero las pagas eran pocas e irregulares. Pero, ¿quién necesita dinero estando en el Frente? Rápidamente descubrimos